

# ESPOSA HECHICERA

FRITZ LEIBER

Una novela clásica sobre la brujería por el indiscutible  
maestro del moderno terror sobrenatural.

**Super  
TERROR**



Mire a su esposa. O, si no está casado, mire a la esposa de cualquier otro hombre. Ahora imagine que es una bruja. Imagine que todas las mujeres son brujas... y que todo lo que los hombres creemos hacer por nuestra propia voluntad es lo que ellas nos obligan a hacer con sus hechizos. ¿La idea le parece ridícula? Eso mismo pensaba Norman Saylor. Así que cuando encontró a su esposa practicando la brujería, la hizo desistir de sus sortilegios y destruir sus amuletos. A partir de entonces, aquello fue un infierno. Literalmente, un INFIERNO.

# 1

Norman Saylor no era de esos hombres que escudriñan en el tocador de su mujer. En parte lo hizo por eso. Estaba seguro de que nada podía afectar la seguridad de su relación con Tansy.

Desde luego no ignoraba lo que ocurrió con la entrometida esposa de Barba Azul. En otros tiempos incluso había profundizado bastante en los sobreentendidos psicoanalíticos de aquella extraña leyenda de señoras colgadas. Pero nunca se le ocurrió que una sorpresa semejante pudiese aguardarle a un marido, y menos a un marido moderno. ¿Media docena de guapos donjuanes colgados de ganchos detrás de aquella puerta tan cremosamente barnizada? La idea le habría dado risa, a pesar de sus profundizaciones eruditas en la psicología femenina, y después de aquellos brillantes trabajos sobre el paralelismo entre supersticiones antiguas y neurosis modernas, que le habían valido ya cierta fama profesional.

Y eso que no parecía un etnólogo notable (para empezar, era demasiado joven) y desde luego tampoco un profesor de sociología del Hempnell College. No poseía el rictus desdeñoso, la mirada esquiva y la mandíbula tiránica de los típicos representantes del claustro en aquel colegio tan selecto.

Tampoco se sentía como un típico hempnelliano en aquellos momentos, y lo celebraba.

El sol de primavera entraba suavemente, y una leve brisa perfumada se colaba por la ventana, junto a su codo.

Descargó una última ráfaga de máquina de escribir sobre su ya muy atrasado artículo *El trasfondo social del moderno culto vudú*, y se echó hacia atrás con su sillón, alejándose del escritorio con un suspiro de alivio, súbitamente consciente de haber alcanzado, en el continuo altibajo de felicidad e infelicidad, una de aquellas crestas en que la conciencia se adormece por fin y todo se presenta bajo una luz más agradable. Para un neurótico o un adolescente, momentos así suelen marcar el inicio de una rápida caída en los abismos de la melancolía; pero hacía mucho tiempo que Norman había aprendido a superarlos por el procedimiento de iniciar una actividad nueva, justo a tiempo para amortiguar la inevitable depresión. Lo cual no significaba que no disfrutase plenamente el efímero instante, con el fin de extraerle hasta la última gota de perezoso placer.

Salió de su estudio y se puso a hojear una novela con tapas de brillantes colorines, pero la abandonó en seguida mientras sus ojos vagaban por la estancia, mirando sin ver las dos máscaras chinas de demonios colgadas de la pared y la puerta de la habitación. Sonrió al reparar en el armario donde se guardaban los licores «en la trastienda», muy al estilo de Hempnell (aunque no deseaba tomar ningún trago) y volvió a fijarse en la puerta de la habitación.

En la casa había un gran silencio aquella tarde. Parecía especialmente acogedora, con sus dimensiones nada pretenciosas, el cobijo de sus múltiples divisiones e incluso su incipiente vetustez. Se diría que soportaba bravamente los adminículos de la clase media intelectual, las estanterías con libros, los cuadros con grabados artísticos y los álbumes de discos. La moderna pintura lavable recubría los estucos de otras épocas. Los matices de libertad intelectual y de vitalidad servían de contrapeso a otros detalles más severos de pompa profesoral.

Por la ventana del dormitorio vio al chico del vecino, que tiraba de un carrito cargado de periódicos. Al otro lado de la calle, un anciano podaba los setos pisando con pre-

caución el césped fresco. Un desvencijado camión de lavandería pasó rumbo al colegio. En dirección opuesta se acercaban dos muchachas que vestían pantalones y con los faldones de la camisa por fuera, atuendo estrictamente prohibido en las aulas. Norman sonrió. Su estado de ánimo beatífico le permitía apreciar plenamente la pequeña y distante cultura que representaba aquel pedazo de calle, aquella cultura fría y mezquina cargada de tabúes que prohibían llamar a las cosas por su nombre, de complicados mecanismos destinados a silenciar la sexualidad, de ritos sociales encaminados a hacer soportable la monótona rutina de los quehaceres y los pesares cotidianos... y, en medio de todo, encargada de los rituales no menos necesarios para preservar la vida de las ideas, la asamblea de los brujos en sus severas cabañas de piedra: el poderoso y acaudalado colegio Hempnell.

Era curioso pensar que él y Tansy hubieran sido capaces de aguantar allí tanto tiempo y, en el fondo, con tanto éxito. Sinceramente no se podía decir que ninguno de los dos encajase en el prototipo de miembros de un colegio universitario de provincias. Estaba seguro de que a Tansy, sobre todo al principio, el ambiente le había resultado bastante duro de soportar: las enconadas rivalidades internas del claustro, el acatamiento fingido a toda clase de normas de respetabilidad, la imposición tácita (que habría hecho rechinar los dientes a una persona más simple) de que las esposas de los profesores debían trabajar para el colegio por puro altruismo, las complicadas responsabilidades sociales y la obligación de hacer de carabina para un puñado de jóvenes rencorosamente recalcitrantes (porque Hempnell era uno de esos colegios que se ofrecen como último recurso a los padres temerosos de la libertad sin cortapisas que reinaba en «esas incubadoras del comunismo y del amor libre» que, como Norman recordaba haberle oído decir a un político local, eran las grandes universidades metropolitanas).

Habría sido más lógico que Tansy y él hubieran huido a una de esas incubadoras, o que hubieran iniciado una trayectoria de vagabundeo incesante (una discusión sobre la libertad académica aquí, una petición de aumento de sueldo rechazada allá), o que hubieran tratado de hacerse escritores o algo así de individualista. Pero, no se sabía cómo, sacando fuerzas de alguna fuente interior, Tansy supo luchar contra Hempnell en su propio terreno, se conformó con perder estatura, asumió una parte más que proporcional de sus cargas sociales y, de esta manera, trazó alrededor de Norman un círculo mágico, dentro del cual él pudo dedicarse a su verdadero trabajo, a las investigaciones y artículos que finalmente les permitirían independizarse de Hempnell y de lo que a Hempnell le pareciese bien o mal. O, mejor dicho, no finalmente, sino muy pronto, porque con la jubilación de Redding tenía segura la cátedra de sociología, y con ella sólo sería cuestión de meses que alguna de las grandes universidades le hiciese una oferta interesante.

Durante unos momentos Norman se distrajo considerando vivamente las admirables cualidades de su mujer, como si las distinguiera por primera vez en su vida. ¡Qué caramba!, había hecho mucho por él, y de manera muy discreta. Incluso servirle de secretaria eficaz e infatigable durante sus investigaciones, sin hacerle sentir excesivamente la obligación del agradecimiento. Y eso que al principio él no parecía demasiado prometedor: un profesor perezoso, brillante a ratos pero peligrosamente desdeñoso de las solemnidades académicas y dotado de una propensión infantil a escandalizar a sus colegas más serios, así como de una tendencia suicida a pelearse con decanos y jefes de estudios. Durante los primeros años estuvo a punto de ser expedientado docenas de veces, bajo la amenaza de una u otra ruptura irreparable con la autoridad, pero se las había arreglado para salvarse del apuro, y casi siempre, ahora lo veía bien claro, gracias a la hábil y oportuna ayuda de Tan-

sy. ¡Desde que se casó con ella su vida había sido una continua racha de buena suerte!

¿Cómo diablos lo había conseguido? Ella, que era tan perezosa y caprichosamente rebelde como él mismo, una muchacha lunática e irresponsable, hija de un vicario rural sin fieles, que había tenido una infancia solitaria e indisciplinada con el único consuelo de una imaginación sin frenos, y que carecía del menor asomo de aquella estolidez remilgada de clase media que tan bien sentaba a las señoras en Hempnell.

El caso era que lo había conseguido. De modo que ahora, ¡oh paradoja!, él estaba considerado como uno «de los buenos de Hempnell», «una persona seria, una de nuestras mejores cabezas» de quien se esperaban «grandes cosas», íntimo del deán Gunnison (que tampoco era tan fiero cuando se le conocía bien) y «mano derecha» del insípido presidente Pollard: un hombre como un castillo, en comparación con su colega de departamento Hervey Sawtelle, histérico y cabeza de chorlito. Tras haber sido uno de los iconoclastas se veía convertido a su vez en santo de escayola, y sin embargo (y esto era lo verdaderamente asombroso) sin haber claudicado ni una sola vez de sus ideales, sin haberse plegado ni una sola vez a las normas reaccionarias.

En aquellos momentos, su humor animado por el calorillo del sol le sugería a Norman que su buena suerte en Hempnell era algo increíble, algo mágico y atemorizador, como si él y Tansy fuesen un joven guerrero y su *squaw* que por equivocación se hubiesen aventurado en el territorio de los espíritus ancestrales, y hubieran logrado convencer a aquellos fantasmas temibles de que ellos tampoco eran sino unos ancianos de la tribu llegados allí después de un solemne funeral celebrado de acuerdo con todas las reglas y dispuestos, por tanto, a participar de los dominios de lo sobrenatural; y que hubieran logrado guardar el secreto de su verdadera naturaleza de carne y hueso pese a los mil y un riesgos de verse descubiertos, todo ello gracias a un co-

nocimiento detallado de los encantamientos protectores por parte de Tansy. Desde luego, si se miraba bien, en realidad lo ocurrido era que ambos habían madurado y habían adquirido realismo. Todo el mundo tenía que pasar por esa tradicional encrucijada, en la que conviene despedirse para siempre del ego infantil, si no quiere uno echar a perder su propia vida. Sin embargo...

La luz vespertina se intensificó un poco, adquirió un matiz ligeramente más dorado, como si un electricista cósmico hubiese girado un punto más algún regulador. En el mismo instante, una de las dos estudiantes en camisa lanzó una alegre carcajada antes de doblar la bocacalle siguiente y desaparecer. Norman se volvió y al mismo tiempo la gata *Totem* abandonó el almohadón caldeado por el sol e inició una serie de bostezos y desperezos, como si quisiera descoyuntar todas las articulaciones de su esbelto cuerpo. Norman agradeció el ejemplo y la imitó, aunque con más moderación. ¡Ah!, desde luego era un día maravilloso, uno de esos días en que la realidad se convierte en una sucesión de imágenes tan extraordinariamente nítidas y brillantes, que uno teme incluso alargar la mano, como si al hacerlo se rasgase la pantalla multicolor donde todo eso se proyecta, permitiendo ver la oscuridad ilimitada e insondable que hasta entonces había quedado velada; en que todo parece tan amable y tan en su punto, que uno teme la irrupción de cualquier cosa que le recuerde que el horror sin límites, el odio, la brutalidad y la ignorancia son las bases verdaderas de la vida.

Cuando terminó de bostezar, Norman se dio cuenta de que su humor placentero no andaba lejos de evaporarse.

Al mismo tiempo su mirada errante se fijaba de nuevo en la puerta del tocador de Tansy.

Estaba consciente de que todavía deseaba hacer algo más, antes de entregarse de nuevo al trabajo o al recreo, algo totalmente inútil y desprovisto de finalidad, o un poco

excéntrico, o quizá una travesura censurable que pudiese recordar luego humorísticamente avergonzado.

Desde luego si Tansy hubiese estado allí... Pero como no era así, quizá su tocador serviría en representación de su amable presencia real.

La puerta estaba tentadoramente entreabierta y dejaba ver un ángulo de una frágil silla, de cuyo respaldo colgaba una combinación. Debajo, un par de felpudas babuchas. Más allá se adivinaba una mesita cubierta de botes y tarros en medio de una agradable penumbra, pues el tocador era un cuartito pequeño y sin ventanas, apenas más grande que un armario empotrado.

En toda la vida él no había espiado jamás a Tansy, ni se le había ocurrido hacerlo, como tampoco ella a él, que se supiera. Era una de esas cosas que ambos daban por supuestas, como fundamentales en un matrimonio.

Pero esta vez la tentación le incitaba a hacer lo que no se podía llamar propiamente espiar; era más bien un gesto de amor ilícito, una transgresión venial en cualquier caso.

Además, ningún ser humano tiene derecho a considerarse perfecto, ni siquiera completamente adulto, para reprimir todas las ocurrencias traviesas.

Entre las cosas que le habían apartado de la ventana soleada estaba una cierta preocupación en cuanto al enigma de Tansy, el secreto de su capacidad para resistir y corregir la sofocante atmósfera de hipocresía que reinaba en Hempnell. Aunque, por supuesto, apenas era un enigma, ni sería el tocador el lugar donde se encontrase la solución. Sin embargo...

Titubeó.

La gata *Totem*, con sus patitas blancas recogidas bajo el cuerpo negro, le miraba.

Entró en el tocador de Tansy.

*Totem* saltó de la cama y le siguió con andar perezoso.

Encendió la lámpara de pantalla rosa y pasó revista al colgador de las prendas y a la estantería de los zapatos.

Reinaba un ligero desorden muy normal y simpático. Un leve perfume conjuró recuerdos agradables.

Contempló las fotografías que enmarcaban el espejo de pared. Una de ellas, en la que Tansy y él mismo aparecían parcialmente disfrazados de indios, databa de tres veranos atrás, cuando él andaba ocupado en su estudio sobre los yuma. Ambos estaban muy serios, como si se hubieran propuesto parecer verdaderos indios. En otra, bastante borrosa, se les veía en trajes de baño de la moda de 1928, de pie en un viejo embarcadero y con el ceño fruncido porque les daba el sol en la cara. La fotografía le retrotrajo a sus tiempos en el este, en Bayport, un año antes de su matrimonio. En otra se veía un multitudinario bautismo de negros a orillas de un río. Aquello fue cuando él consiguió la beca Hazelton y andaba reuniendo materiales para su *Patrones sociales del negro sureño* y la posterior *El elemento femenino en las supersticiones*. Tansy había sido una extraordinaria ayuda para él durante aquel semestre de febril actividad, encaminada a labrarse los comienzos de una reputación. Le acompañaba en las salidas, le ayudaba a tomar nota de las torrenciales confidencias de aquellos ancianos, hombres y mujeres de ojos brillantes que evocaban los tiempos de la esclavitud, porque todavía ellos mismos habían sido esclavos. Recordaba que entonces, durante el último verano que pasaron en el colegio Gorham antes de mudarse al Hempnell, ella era delgada y desgarbada, incluso un poco torpe. Efectivamente había madurado mucho desde entonces.

En una cuarta foto se veía a un negro viejo, un devorador de almas, con la cara llena de arrugas y la frente alta, orgullosa, debajo del abollado sombrero, también viejo. Estaba de pie, muy erguido y con los ojos bien abiertos, como contemplando aquella cultura de mentirijillas y rechazándola desde su propio conocimiento más profundo y superior. No habría resultado más impresionante aunque hubiese comparecido con la diadema de plumas de avestruz y

la cara averrugada por las escarificaciones. Norman le recordaba muy bien: había sido uno de sus mejores informantes, aunque también uno de los más difíciles, pues fue necesario visitarle muchas veces antes de que se decidiese a suministrar material para el cuaderno de notas.

Contempló el tocador y la numerosa colección de cosméticos. Entre las esposas de miembros del claustro de Hempnell Tansy había sido la primera que usó pintalabios y laca para las uñas. Hubo algunas críticas veladas y algunos comentarios sobre «el ejemplo que damos a nuestras alumnas», pero ella resistió hasta que Hulda Gunnison se presentó en el baile anual de la Facultad luciendo lo que, mediante una observación astronómicamente minuciosa, podía interpretarse como un toque de pintura en los labios, mal aplicado pero inconfundible. Con lo que todo había acabado bien.

Entre dos botes de *cold cream* se veía una foto pequeña del propio Norman, y delante de ella un montón de calderilla, monedas antiguas de cuarto y de diez centavos.

Se llamó la atención a sí mismo. Aquello ya no era el vago chafardeo emprendido al principio. Tiró de un cajón al azar y rebuscó con precipitación en el montón de medias enrolladas que lo llenaban, lo cerró y aferró el marfileño tirador del siguiente.

Entonces se detuvo.

Pensó que estaba siendo un poco absurdo. Al mismo tiempo se daba cuenta de que su buen humor se había evaporado por completo, hasta la última gota. Lo mismo que cuando se apartó de la ventana, pero esta vez bajo un tono más ominoso, el instante pareció congelarse. Como si toda la realidad vivida, hasta llegar al último segundo anterior, hubiese quedado expuesta por el destello súbito de un relámpago que iba a apagarse inmediatamente sumiéndolo todo en la más negra oscuridad. Con el acostumbrado zumbido en los oídos y la sensación de que todo era demasiado real.

*Totem* le contemplaba desde el umbral.

Más absurdo era tratar de analizar un capricho, como si pudiese significar algo en ningún caso.

Para demostrarse a sí mismo que no significaba nada, abrió otro cajón.

El mueble se atascó y tuvo que darle un fuerte tirón para liberarlo.

Se fijó en una caja de cartón que estaba al fondo; al levantar la tapa vio gran cantidad de botellines de vidrio y sacó uno de ellos. ¿Sería algún cosmético? Demasiado oscuros los polvos para servir de maquillaje. Parecía más bien una muestra de tierra como las que toman los geólogos. ¿Un ingrediente para una mascarilla? No parecía probable. Tansy cultivaba especias en el jardín. ¿Tendría algo que ver con eso?

Los gránulos secos, de color pardo oscuro, se deslizaban con facilidad dentro de la botella al darle vueltas, como un reloj de arena. Al hacerlo apareció la etiqueta, rotulada con la bien perfilada letra de Tansy. «Julia Trock, Roseland». No recordaba a ninguna Julia Trock. ¿Y qué tendría el nombre de Roseland que le parecía vagamente obsceno? Cuando fue a tomar otro frasquito, con la mano tiró al suelo involuntariamente la tapa de cartón. Era idéntico al anterior, excepto que su contenido tenía un matiz algo más rojizo y la etiqueta decía «Phillip Lassiter, Hill». Un tercero, de igual color que el primero, decía «J. P. Thorndyke, Roseland». Agarró un puñado de botellines y leyó las etiquetas: «Emelyn Scatterday, Roseland», «Mortimer Pope, Hill», «Reverendo Bufort Ames, Roseland»; eran, respectivamente, de colores pardo, rojizo y pardo.

El silencio que imperaba en la casa se le antojó estruendoso, e incluso el destello de sol que penetraba en la habitación pareció congelarse mientras su tenso cerebro se acercaba a la solución del acertijo. «Roseland y Hill, Roseland y Hill, ¡ah, fuimos a Roseland y Hill! —como una vieja melopea infantil que hubiese adquirido de súbito un senti-

do malicioso, mientras sus dedos rechazaban con repugnancia los cilindros de vidrio—... pero nunca volvimos de allí».

Tuvo una repentina revelación.

Eran los nombres de los dos cementerios de la localidad.

Tierra de cementerio.

Muestras de tierra, en efecto, pero sacadas de unas tumbas concretas. Un ingrediente clave de la magia negra.

*Totem* aterrizó con un suave choque sobre el tocador y empezó a olisquear las botellas, pero se alejó de un salto cuando Norman volvió a meter la mano en el cajón. Al tacto, advirtió que había otras cajas de cartón más pequeñas detrás de la primera. Con un movimiento brusco, tiró del cajón, que cayó al suelo. Una de las cajas contenía unos pedazos de hierro retorcidos, enmohecidos y desgastados: clavos de herradura. En la otra había sobres de tarjetas de visita, conteniendo rizos de cabello, y estaban rotulados como las botellas. Pero esta vez sí reconoció la mayoría de los nombres («Hervey Sawtelle..., Gracine Pollard..., Huida Gunnison...»), y en uno que decía «Evelyn Sawtelle» encontró trocitos de uñas con residuos de laca roja.

El tercer cajón no encerraba ningún misterio especial, pero el cuarto sí proporcionó una cosecha de lo más variopinto. Paquetes de hojas secas y de materia vegetal en polvo... ¿Así que el jardín de Tansy producía otras cosas, además de hierbas para el estofado? Verbena, basilisco, hierba del diablo, decían las etiquetas. Trozos de piedra imán con limaduras de hierro adheridas. Plumas de ganso que goteaban mercurio al removerías. Pedacitos cuadrados de franela, del tipo que usan los doctores brujos negros para sus «bolsas del truco» o «faenas». Una caja llena de monedas antiguas de plata y limaduras de plata, poderosa magia defensiva que confería significado a las monedas de plata amontonadas delante de su fotografía.

Y eso que Tansy había sido siempre muy sensata, había expresado siempre un sano desdén hacia toda clase de quiromancias, astrologías, numerologías y demás manías supersticiosas. Una verdadera oriunda de Nueva Inglaterra, llena de sentido común y además buena conocedora, a través de su colaboración con él, de los trasfondos psicológicos de la superstición y de la magia primitiva. Tan buena conocedora...

Sin darse apenas cuenta, se encontró en las manos un ejemplar de su propio *Paralelismos entre supersticiones y neurosis*, con abundantes huellas de haber sido leído y consultado a menudo. Parecía el mismo que se le había perdido a él en la casa... ¿quizá ocho años atrás? Junto a la fórmula de un conjuro había una anotación al margen, de puño y letra de Tansy: «No funciona. Sustituir las limaduras de cobre por latón. Ensayar durante la luna nueva, no durante la llena».

—¿Norman?

Tansy estaba delante de la puerta.

## 2

Las personas a quienes conocemos mejor a veces pueden parecernos completamente irreales. Por un instante percibimos la cara conocida como una disposición arbitraria de superficies de distintos colores, desprovista incluso de la sombra de carácter que podríamos atribuir al rostro de un desconocido entrevisto en plena calle.

A Norman Saylor le pareció que no veía a su mujer, sino un retrato de ella. Era como si algún mágico Renoir o Toulouse-Lautrec hubiese pintado a Tansy en pose para un cuadro, trazando con atrevidos brochazos las tersas mejillas en tonos carne pálido con un levísimo matiz verdoso, para unir luego el óvalo en una barbilla pequeña pero enérgica; luego habría descrito con un trazo rojo de través la boca de expresión reservada, para delinear seguidamente en gris verdoso los ojos a veces rientes, y las cejas finas y oscuras con el pliegue vertical entre ambas. Una pincelada de negro le habría servido para el flequillo, infantilmente siniestro; luego daría un toque de sombra en ocre al blanco de la garganta y al vestido color púrpura. Y habría dibujado en escorzo el codo del brazo que llevaba un paquete de la modista, mientras la mano pequeña y fea se alzaba para destacar el sombrerito, que habría representado como otra mancha color vino, con una pincelada clara del espejuelo plateado que le servía de adorno.

Norman sintió que si alargaba la mano para tocarla, aquella pintura se desvanecería en el aire, como si fuese otro retrato ambulante de una hermana de Dorian Gray.